

Terra baixa El Gran Teatre del Liceu abre temporada con ‘Tiefland’, ópera de Eugen D’Albert inspirada en el drama del autor catalán, que en primavera también tendrá su versión en el teatro Romea

Guimerà a la alemana

JAUME RADIGALES

¿Qué pasa con la versión operística sobre *Terra baixa* de Salvador Pueyo? ¿Tan necesaria es la revisitación de *Tiefland* de D’Albert para la apertura de una temporada tan *germánica* como la que se abre dentro de unos días en el Liceu? Sirvan estas preguntas (de momento sin respuesta) para adentrarnos en los recovecos de la ópera más célebre de Eugen D’Albert (1864-1932) quien, a pesar de ser alemán, tenía orígenes franceses, aunque nació en la escocesa ciudad de Glasgow y murió en Riga. Su padre, Charles-Louis-Napoléon D’Albert, era asistente de una compañía de ballet y compositor a ratos perdidos. Eugen vivió su adolescencia en Londres pero, hartado de la frivolidad inglesa, se estableció en Weimar, donde fue discípulo de Franz Liszt. Antes, pasó por Viena, donde recibió enseñanzas de Hans Richter, antiguo asistente de Wagner. En Weimar, D’Albert se

Fiel al espíritu del drama original, la ópera contrapone un mundo presuntamente ‘salvaje’ y otro ‘civilizado’

dedicó sobre todo al piano como concertista virtuoso. Su vida fue intensa, así como su carácter convulso, apasionado e irreflexivo.

La sombra de Wagner era demasiado alargada para ignorarla. Eso explica que, a pesar de genialidades aisladas como Richard Strauss, pocos músicos pudieran despuntar con personalidad propia. El estilo compositivo de D’Albert es, pues, ecléctico, porque no renunció ni a la herencia de Wagner ni a los postulados del verismo que, procedente de Italia, rompía definitivamente con los del último romanticismo. D’Albert tampoco disimuló su admiración por Debussy, ni por la grandiosidad straussiana. Incluso una ópera como *La orquídea negra* (1929) deja entrever las influencias del jazz en el marco de una obra ambientada en un contexto de gánsters próximos al cine negro norteamericano.

La producción operística de Eugen D’Albert incluye veintidós títulos, de estilos diversos. No sería hasta 1903, año del estreno de *Tiefland*, cuando el músico adquirió notoriedad y fama como compositor teatral, aunque casi siempre en teatros del área germánica.

Tiefland es prácticamente su única ópera aún hoy representada. Es

trenada con éxito en el Teatro Alemán de Praga el 15 de noviembre de 1903, fue parcialmente reescrita para su versión definitiva. Así llegó, aunque en su traducción al italiano (*Terra bassa*) al Gran Teatre del Liceu, en 1910. Tres años más tarde, en Oslo, sirvió para que la futura gran soprano Kirsten Flagstad debutara como Nuri. En 1959, y cuando la mítica artista noruega asumió la dirección de la Ópera de Oslo, la hizo representar para evocar aquel debut.

Ángel Guimerà había estrenado *Terra baixa* en 1896. No fue este el único título de su amplia producción teatral que se convirtió en ópera: Jaume Pahissa escribió en 1913 su adaptación de *Gal·la Placidia*; un año antes, Guimerà había escrito el libreto de *Titayna*, para Enric Moreta. Y precisamente en 1912, Eugen D’Albert estrenaba la ópera *Liebesketen*, basada en otro éxito de Guimerà como *La filla del mar*.

En *Terra baixa*, inspirada en unos hechos reales acaecidos en Queralt (Ripollès), Guimerà aplicó el naturalismo propio del drama y la novela francesa de finales del siglo XIX. Un naturalismo que tiene su traducción musical en aires veristas, y que encajan con los parámetros estéticos de D’Albert. A pesar de todo, relacionar Guimerà y *Terra baixa* con el germanismo puede resultar de entrada algo extraño, sobre todo si recordamos que la ópera de D’Albert se hizo tan popular en Alemania que Leni Riefenstahl, la cineasta preferida de Hitler, la adaptó para la gran pantalla.

Terra baixa se convirtió en ópera a causa de una confusión: Rudolph Lothar tradujo la pieza de Guimerà para proponerla como ópera en Dresde, cuyo director musical era Ernst von Schuch. La propuesta de Lothar fue rechazada, pero por error Schuch envió a D’Albert la traducción. El compositor, entusiasmado con aquel drama, pidió a Lothar que lo convirtiera en libreto operístico. Fieles al espíritu de Guimerà, Lothar y D’Albert contraponen lo presuntamente salvaje, encarnado en el pastor Pedro, un hombre puro (nuestro Manelic), a un mundo presumiblemente civilizado, el del cacique Sebastiano, corrupto por la riqueza y la lascivia hacia Marta, a quien obliga a casar con Pedro. Desposada con un presunto idiota, Marta podrá seguir siendo el juguete sexual de Sebastiano, hasta que el desprecio inicial de Marta hacia Pedro se convierte en ternura. Enterado de los abusos de Sebastiano, Pedro le estrangulará



La ‘Tiefland’ de Riefenstahl

ANDRÉS HISPANO

Terra Baixa tuvo una espectacular versión cinematográfica rodada por, ni más ni menos, Leni Riefenstahl, en la que fue su segunda y última ficción. *Tiefland* contó con un presupuesto que escandalizó al mismo Goebbels, se rodó parcialmente en España (el resto en los Dolomitas) y no pudo completarse hasta 1944, cuatro años después de ponerse en marcha el proyecto. En realidad, Riefenstahl había soñado con rodarla en 1934, ya que su temática estaba en perfecta sintonía con los dramas bucólicos de alta montaña que ella misma interpretaba (*La montaña sagrada*, 1926) y dirigía (*La luz azul*, 1932). El encargo del Fuhrer para que volviese a rodar un documental sobre la concentración nazi en Nuremberg (Leni ya había rodado antes *La victoria de la fe*, en 1933), obligó a posponer la adaptación, que ella conocía en realidad a través del libreto de la ópera compuesta por Eugen d’Albert.

Contra lo que pudiera parecer, fue *Tiefland* la película que más problemas causó a Riefenstahl tras la guerra, ya que se la acusó de haber utilizado gitanos como figurantes, procedentes de campos de concentración. Nada pudo probarse y Leni recuperó sus archivos, rodó algunos planos más y pudo estrenar *Tiefland* en 1954, sin pena ni gloria. La película se editó en DVD en 2006. |

como si matara a un lobo (“Ich habe den Wolf erwürgt, den Wolf, den Wolf hab ich getötet”, es decir, “He mort el llop!”).

Como en la obra de Guimerà, el mundo de la tierra baja tiene como comparsas a distintos hombres y mujeres (Tommaso, Morucho, Antonia, Pepa, Rosalía, Nando y Nuri) que se mueven alrededor del trío protagonista, con una especial predilección por el personaje de Nuri. A pesar de la fidelidad al drama original, el libreto de Lothar españoliza (o italianiza en algunos casos) los nombres de los personajes originales. Una españolización que afecta igualmente algunos de los números musicales de la pieza: el monólogo de Marta *Ich weiss nicht, we mein Vater war* es una balada estrófica en do menor, evocativa del pasado de la muchacha cuando recuerda cómo deambulaba con su madre por las calles, cantando y bailando para pedir limosna. La intervención de las castañuelas en este pasaje está más o menos justificada. No lo está, en cambio, en el *brindis* de Sebastiano del segundo acto, acompañándose de una guitarra y castañuelas: algo bastante difícil de concebir en el contexto de la Vall de Núria donde presumiblemente se ubica la acción de *Tiefland*.

Como buena ópera alemana posterior a Wagner, hay en esta obra de D’Albert tintes eminentemente wagnerianos, como el monólogo de Nuri *Alles gehört dem Herrn, unserm Herrn Sebastiano*, cuyo planteamiento estructural podría hacernos pensar en la balada de Senta de *El holandés errante*. Todo ello sin olvidar, además de las texturas instrumentales de corte debussyiano, las influencias del verismo italiano, por ejemplo el dueto entre Sebastiano y Marta del primer acto, que dibuja a la perfección el autoritarismo del cacique y el carácter fuerte de la muchacha, quien acaba por plegarse a la voluntad del *amo* en una escena que podría hacernos pensar en Puccini y la escena entre Scarpia y Tosca.

D’Albert dibuja con trazos precisos un drama de pasiones en el contexto de un periodo incómodo de la historia de la ópera ante la crisis estética propia del fin de siglo. A pesar de no ser esta una obra clave del repertorio lírico internacional, su reposición en el Liceu como inicio de temporada servirá para emitir un juicio fidedigno sobre la validez de *Tiefland*. A la espera de que Salvador Pueyo, como decíamos al principio, pueda decir lo propio con su *Terra baixa*. |